ANTONIO BUERO VALLEJO

Querido Buero—Antonio, el cariñoso Toni familiar de los años de bachillerato—: Ya han pasado más de treinta años—dos generaciones—, treinta años desde que nos conocimos allá en el Instituto de Guadalajara. Entonces querías ser pintor. Por algo dibujabas pulcra, rápida, asombrosamente. Luego he comprendido que más bien creabas *tipos,* les sacabas su humanidad, como extraordinario dramaturgo que eras, sin que lo supiésemos nadie—incluído tú—, como es lógico. (Ahora es significativo el teatrito paterno para el que hacías decorados, diseñabas trajes; tu gran afición a Ibsen y Bernard Shaw.) Tus dibujos eran biográficos, *sucesos* que se desarrollaban temporalmente, contextos circunstanciales de unos *personajes.* Tu hermosísimo don de fabulación se expresaba en aquellas líneas que cobraban cuerpo, que nos presentaban realidades a los ojos, mágicamente, viéndolas llegar de la nada al ser, en dibujos que nos maravillaban a todos, alguno de los cuales andará perdido entre libros juveniles en algún pueblecito de la Alcarria. Y mientras dibujabas ante el primer público fiel que éramos tus condiscípulos, hablabas de la historia, del vestuario, del tiempo y peripecia de tus criaturas. Pero aún no entendíamos. ¿Quién nos iba a decir que asistíamos a las primeras representaciones del teatro de Antonio Buero Vallejo, el Buero que decían *Bueno* los jurados de tu *Historia de una escalera,* porque tu verdadero apellido no les *sonaba?*

Ya tenías ese excepcional saque dialéctico que hace chisporrotear tu clarísima inteligencia. Eras capaz de *inventar* una asignatura, una lección de clase sin más que ponerte a dar vueltas a un nombre. Ya poseías —como que es tu naturaleza—esos andares pausados y campesinos, sostenedores de esa cabeza afilada, florentina, de tajamar del pensamiento.

Se te veía venir—¿fácil profetizar el pasado?—. Porque tú acudías a algo, no al mero estar y a la semoviencia confundidora, a parecer. Ya —todo lo que no haya sido, lo que no tenga raíces, no puede ser—lograbas el respeto no sólo de tus compañeros, sino de tus profesores. Se te oía, se esperaba de ti. El tiempo ha probado que razonablemente. Eras ensimismado, meditador, despacioso, de risa fácil y borbolleante, de calma tenaz y ahondadora, capaz de sostener lo pensado, de no salirte de quicio por nada. Tenías personalidad, tú eras tú, incanjeable.

Por todo aquello, todo esto: tu singularidad, tu varonía, tu decoro, tu obra. Tú igualas con la vida el pensamiento, como nos mandó el clásico. Por eso eres un príncipe moral. Y de ahí la verdad, la justicia y la necesidad de tu teatro. Cuando pasen los hombres y se revelen los siglos,

tu obra seguirá manante, acompañadora, testimonial el chorro de tus criaturas, que no son entretenimiento y juego, sino color y honor, voz de nuestro tiempo. Sin desdeñarla, no has hecho literatura. Sería una traición a ti mismo, a tu mortedumbre de nuestros días. Porque tú eres de los que se abren una vena y se ponen a manar lúcidamente sangre, a morir con todo el conocimiento. Así, eres un español de claridades—energía inteligente—, un hombre universal y propio. Así, tu teatro no acaba en particularismo, anécdota, chisme ni folklore. Y menos, negocio.

Sonriente, delicado, velazqueño—tu rama andaluza—, eres también indomable, fuerte, cepellón agrario de los campos alcarreños, tierras con mucha historia olvidada y menos trigo que lucha. A pocos hombres de hoy habrán cercado más tentaciones que a ti—el dinero cómodo, a costa de conceder—, capaz de oír a las sirenas sin tapones de cera en los oídos ni uliseas ataduras al mástil. De ahí viene tu autoridad, que nace de tus hechos, no de pegadiza investidura azarosa, esa que hace a los hombres títeres del destino, no señores de sí mismos.

He tenido la fortuna de ser amigo tuyo desde niño y en todas las coyunturas solemnes de nuestra vida individual y colectiva. Y siempre te he visto digno, nobilísimo, palabra aclaradora, serena y ardiente, porque tú eres de los que saben domar volcanes, dar lumbre al mármol. Desde siempre has sabido cuál era tu obligación final, tu deber, tu nobleza y esfuerzo. Y has ido a ello sin recámara ni teatralería, como los hombres, sin que te hayan desasistido nunca el entendimiento y los ojos abiertos, sin que te hayas tenido que avergonzar de ti. Tú no has estado ni estás en tu puesto por casualidad: no te has encontrado nada que no hayas buscado y merecido, hombre de más tesón que añadiduras graciosas. Por eso eres el más alto condensador de las esperanzas de tantos que no tienen dicción propia y audible, que llegue. A tu alrededor hay un silencio honroso, una expectación atenta, una tensión que devuelve su sabor al vivir. Por ti no afrenta el ser hombre.

Y es necesario que se diga esto, y no precisamente por halago, que nos degradaría a todos. Tú padeces que cualquier excepcionalidad comporta más deberes que derechos. Por eso tu vida interior no es cómoda, aunque resulte más admirable si se mira alrededor. Tú sabes de la soledad—no de la querida y creadora—, del aislamiento en que avanza el escotero, con la incomprensión a un flanco y el coro colmilludo y táurico al otro. Y si no es necesario que se reitere lo evidente, yo preciso dejar constancia de ello para quedarme en paz, para que llegue a los que lo hayan menester, no a ti, que sabes leer en mi corazón.

RAMÓN DE GARCIASOL